



"La Veu de Catalunya Catalunya"

Barcelona, 1º mayo 1913. 3-154

(Requido en "Se esto y de aquello", tomo IV)

La escultura honrada

La mort d Orfeu, l'obra de l'eminent escultor vasc Nemesi Mogro-bejo, mort en plena joventut, corre perill de destruir-se. En sa de-fensa, els artistes i els intel·lectuals vascains han alcada la veu; i ajudant-los-hi, desde aquestes planes, el nostre Xenius, ho feu tam-bé en un bellíssim article.

Aquí s'ajunta a aquesta empresa de salvació d'una obra d'art l'il·lustre pensador vasc don Miguel d'Unamuno, amb l'article que a continuació publicuem, i el publicuem en castellà per a conservar intacte l'original amb que ns honora.

No una, sino varias veces he comen-tado con amargura aquella expresi3n de Menéndez y Pelayo cuando habló de la «honrada poesía vascongada». Llamara honrada a una poesía—he dicho—es como llamar simpática a una muchacha. Y en cierta ocasi3n añadí que por lo que me toca me he propuesto deshonar esa poesía.

Mas otras veces he reflexionado con más calma y más serenidad en esa denominaci3n que al gran crítico santanderino le mereció la poesía, la escasa y pobre poesía escrita de mi tierra nativa y he creído que debíamos aceptarla como un título de gloria. Honrada poesía, sí, poesía honrada, y honrada como tal poesía! Poesía sobria, grave, tranquila, sincera, sin hojarasca retórica ni aquellas «contorsiones de la afanosa grandiosidad española» de que habló Carducci.

Leyendo el estudio que don Marcelino dedicó a Juan Boscán, de la clase de «ciudadanos honrados» de Barcelona y amigo de Garcilaso, volví a acordarme de la honrada poesía de mi tierra, pues también la de Boscán, aquella poesía en lengua que no era la de su cuna y de sus más entrañados sentires por lo tanto, fué poesía honrada. La honradez de la poesía vascongada en lengua castellana ha consistido en gran parte, sin duda, en la feliz ventura de que no siendo el castellano lengua de abolengo y tradición en mi tierra aquellos de mis paisanos que en ella han cantado lo han hecho con el temor de desentonar. Ni tenían, como a los poe-

tas castellanos de Castilla y más aun a los de Andalucía les pasa, muchas más palabras que representaciones, imágenes e ideas, lo que es para la poesía fatal. Mas no es esto solo, sino que esa honradez poética se debe a cualidades de la raza. Quién conozca y recuerde el «Rimado de palacio» del vascongado canciller Pero Lopez de Ayala, el autor de las graves Crónicas de los reyes don Pedro, don Enrique II, don Juan II y don Enrique III de Castilla, podrá darse clara cuenta de lo más íntimo de la honradez de la poesía de mis paisanos.

El estado de la lengua en mi país explica, digo, en parte esa honradez y sincera sobriedad sentenciosa de la poesía vascongada en castellano, pero no lo explica sino en parte. Las otras artes, la música, la pintura, la escultura, disponen de medios de expresi3n más universales y, sin embargo, también en ellas se nos muestra la honradez del arte de mi nativa tierra.

Vasconia empieza a contar, y con gran pujanza juvenil, en la vida estética del arte, y no es el arte literario el que con más brio comienza a florecer. Precédenle la música y las artes plásticas, y como que le abren camino. Son más facilmente exportables sus productos que no exigen traducci3n y requiere menos cultura científica y filosófica su cultivo.

No es que no pueda hablarse de algo así como una escuela vascongada en las letras castellanas, sino que los músicos, los pintores, los escultores y hasta los arquitectos de mi tierra son más

y están más caracterizados que somos y lo estamos los escritores de ella. Y si de alguno de nosotros los escritores vascos ha podido decirse que representa el castizo castellanismo íntimo—no el pegadizo y externo de formas de remedo—mejor que cualquier escritor castellano de Castilla, no está ahí Zuloaga sacando a luz con su pintura las entrañas eternas de Castilla? Por eso suelo recordar tanto como aquella frase de Menéndez y Pelayo de «la honrada poesía vascongada» aquella otra de Jaime Brossa de que el vascongado es «el alcaloide del castellano». Y una y otra tienen más íntima relación de lo que a primera vista parecé, pues por honradez como la poesía castellana de mi tierra se depura en alcaloide. No es acaso la pintura de Zuloaga ante todo y sobre todo una pintura honrada, digan lo que dijeren los que sola ven si escoje estos o los otros asuntos y, no quieren reconocer que la honradez en pintura está en el modo de pintar, sea cual fuere el asunto que se escoja?





Pero aun la pintura está más sujeta a lo que podríamos llamar particularidades dialectales que no la escultura. Se pinta, mucho más que se esculpe, en castellano, en francés, en catalán, en italiano, en flamenco, etc. El colorido, el claroscuro y la perspectiva tienen más patria chica que la línea, que la pura forma. La escultura es acaso la más universal, la menos dialectal de las artes. Y si la España central logró crear un estilo escultórico fué en la talla de madera poli-

cromada, tal como en Berruguete y Hernández se nos muestra, que es un arte mixto de escultura y pintura. Mas la escultura propia, la estatuaria clásica, es el arte en el que sin excluirse, claro está, las determinaciones dialectales, mejor se nos patentiza la visión amorosa de lo universal y eterno del hombre, de la forma humana; es el arte más profundo y más entrañadamente humano. Y en él es donde la honradez triunfa.

La escultura, en efecto, para ser fuerte, para ser intensa, para ser duradera, tiene que ser honrada y sincera. En ella los engaños son pasajeros; las contorsiones de toda afanosa grandiosidad se destruyen a sí mismas en ella. Las esculturas barrocas apenas resisten una visión intensa y prolongada.

Y fué la honradez, la honradez de su pueblo, la honradez de propósito que en el ámbito en que nació y se crió Nemesio Mogrobojo respirara, fué la honradez esa lo que le llevó a su arte honrado, honradísimo, sincero, sobrio, grave y fuerte, después de haber pasado por ciertas contorsiones en que depuró su técnica. Porque el arte de Mogrobojo, del gran escultor vascongado, bilbaíno, fué un arte honrado, sin engaños, sin contorsiones, sin salidas de tono pero sin patochadas y ramploneñas de sentido común artístico. Guió su mano, febril por sus dolencias en sus últimos tiempos, su amor, su intenso amor a la eterna forma carnal humana, a esa forma que aprendió a amar y con amor febril y trágico, en un cuerpo palpitante de vida y de pa-

sión. Para Mogrobojo el cuerpo fué alma, fué espíritu. Y nadie como él sintió no ya la resurrección sino la eternidad de la carne.

Y es que era un hombre, todo un hombre, y honrado. El trágico amor que fué su inspirador fué un amor honrado, mas con la terrible honradez que le pone sobre la ley y sobre la muerte.

No olvidaré nunca al artista, nunca al amigo. No olvidaré tampoco que habiendo sido uno de sus deseos esculpir o modelar mi busto, lo que por no sé que fatal respeto que yo le infundía no se atrevió a decírmelo nunca directamente, cuando en el último verano en que los dos coincidimos en nuestra común villa natal le indicó un común amigo que cumplierse su deseo, contestó:—No puedo ya; me tiembla de fiebre la mano!—Poco después murió.

Bilbao, nuestra villa natal, despierta a la vida del arte y no es, ni con mucho, el mero centro de negocios y de vanidades que algunos intrusos lo han pintado; en Bilbao, la primera población de España en que se ha construido un local exprofeso para filarmónica, acábase de establecerse un museo de artes plásticas, que generosos particulares enriquecerán con sus colecciones en que hay muy preciosos ejemplares. Y ese museo tiene que reunir todo lo más que pueda de la obra del gran escultor vascongado y bilbaíno, del honradísimo escultor Mogrobojo, del artista que como ninguno nos muestra la excelsitud estética de la honradez en el arte y la poesía. Y tiene que redimir el «Orfeo» de su gran artista, esa maravilla de arte honrado, es decir, clásico, que corre grave riesgo de estropearse por la incuria, y quien sabe si algo peor que la incuria de los hombres que no sienten sino el negocio.

Miguel DE UNAMUNO.

